

DE LO JOCOSO A LO POLÍTICO EN TIRSO DE MOLINA, FRENTE AL RÍO MANZANARES

LUIS VÁZQUEZ FERNÁNDEZ

«Si faltaron las margaritas de Cleopatra, salsa de la soberbia de Marco Antonio, lo exquisito de Heliogábalo, y lo voraz de Vitelio, hubo lo curioso y deleitoso éstos, y menospreció lo pródigo y vicioso.

También se les hizo a las almas su banquete, pues los oídos les ministraron platos de músicas diestras, ya profundas, ya alegres, entre las cuales me acuerdo se cantó este Romance».

TIRSO DE MOLINA: Cigarral tercero

Es conocida la vena jocosa del Maestro Tirso de Molina, tanto en sus obras teatrales como en sus llamadas misceláneas. El gracioso es siempre un personaje inolvidable, lleno de ingeniosidad e ironía, con su lenguaje sembrado de alusiones que van de lo jocoso a la crítica, unas veces abierta, otras veladamente política. Porque se trataba —eso juzga el mercedario— de «deleitar aprovechando». Mucho más agudo que Lope, logra hacer de este personaje un símbolo de la contemplación humorística de la vida y de la convivencia ciudadana, en sus variadas peripecias y permanentes contradicciones.

El sano humor, con su sabor picante en ocasiones, que las obras tirsianas rezuman, incluso en situaciones dramáticas o rozando la tragedia, las convierten en tragicómicas, y son factor de equilibrio, eliminando crispaciones o tentaciones masoquistas. En ocasiones, el humorista llega a ser la auténtica conciencia crítica —desde el humor y el amor, con sus ribetes de sutil malicia— del mismo protagonista. Otras veces, es el ángel benévolo que nos distancia, generosa y liberalmente, del abismo presentado. Finalmente, no faltan ocasiones en que nos identifica consigo mismo, en esa faceta suya pasajera, provisional y ligera, superficial incluso, del acontecer vital.

En el Maestro Tirso de Molina hay siempre ese guiño entre pícaro y cordial, con el que nos sentimos cómplices, y a través del cual presentimos el gran remanso, sereno y plácido, de la vida de un hombre, que profesó en la Merced y supo poner su mejor ingenio creador al servicio de la Villa y Corte de aquel Madrid, su patria nativa, con proyección universal.

El tema madrileño es recurrente en multitud de comedias suyas. Su amor a esta Villa cortesana se conjuga en él con una fina y muy sutil actitud crítica ante lo

«babilónico» y las tramoyas políticas, decididamente mediocres o nocivas; por ende, criticables.

Además del teatro, en *sus obras misceláneas* y poemas se destaca el ascua *brillante* del permanente chispazo humorístico. Lo mismo en *Cigarrales de Toledo* (Madrid, 1624), que en *Deleytar aprovechando* (Madrid, 1635), reaparece siempre la sonrisa amplia del fraile de la Merced, sencillamente genial y competidor con Lope, Góngora, Quevedo y Calderón —desde su singularidad propia— en calidad creadora, y todo ello por encima de envidias que en más de una ocasión «procuraron malograr los honestos recesos de sus ocios»¹.

El río Manzanares, con los calores del estío madrileño, se secaba. Esto dio pie a que viajeros a la Corte y poetas que en ella vivían, lo hicieran objeto de sus sátiras, críticas y humoradas. Sobre todo, desde que se construyó sobre su cauce la Puente Segoviana por Juan de Herrera. Señala un autor conocido cómo el embajador alemán Juan de Rhebiner dijo, en cierta ocasión, que era «navegable a caballo y en coche por espacio de cuatro o cinco meses»². Otras ocurrencias de la época: «Había que vender el puente para comprar el agua del río seco». O incluso: «Este puente espera al río como los judíos al Mesías»³. Lope había hecho hablar al río quejándose la puente de haberle quebrado una costilla⁴, y el gran Góngora romanceó: «Enano sois de una puente / que pudierais ser marido, / si, al besarla en los tres ojos, / la llegarais al tobillo. / Al tobillo, mucho dije, / a la planta apenas digo...»⁵

Pues Tirso, ya antes, había hecho su jácara en labios del personaje Quintana, en su polimorfo *Don Gil de las calzas verdes*:

«Ya que nos traen tus pesares
a que desta insigne puente
veas la humilde corriente
del enano Manzanares,
que, por arenales rojos,
corre, y se debe correr,
que en tal puente venga a ser
lágrima de tantos ojos» (*Acto I*).

Así que esta lágrima —el Manzanares— de tantos ojos —la puente de Segovia— desliza y se avergüenza, según Tirso, por la desproporción entre una sola, diminuta lágrima y la multitud de ojos, entreverando una bisemia transparente.

Es significativo el que en una obra toledana, como lo es *Cigarrales de Toledo* —donde se enaltece la ciudad imperial con los sintagmas solemnes de «Emperatriz

¹ Así lo confiesa a Julio Monti en la dedicatoria de su Tercera Parte de Comedias (Tortosa, 1634).

² Deleito y Piñuela, José, *Sólo Madrid es Corte*, Madrid, Espasa-Calpe, 1942, 77.

³ *Ob. cit.*, 78. Frase de Alcide de Bonnacase, cita recogida ya antes por García Mercadal, *España vista por los extranjeros*, t. m., 148.

⁴ Vega Carpio, Félix Lope de, *Rimas humanas y divinas del Licenciado Tomé de Burguillos* (1634).

⁵ Romance de 1619, ed. por Foulché Delbosc, t. II, 312.

de Europa, Roma segunda y corazón de España»— no pueda olvidarse de Madrid. Ya en el comienzo mismo confiesa algo que le agradecemos, por disipar posibles dudas, entre no pocas que han existido sobre sus orígenes familiares, e incluso sobre su mismo lugar de nacimiento. Por si alguien sigue creyendo, a estas alturas, que es natural de Molina de Aragón, sépase que fray Gabriel Téllez, el Maestro Tirso de Molina, afirma tajantemente haber escrito esta obra, ofreciéndonos sus datos de identidad: «Natural de Madrid». En la obra sobre doña María de Cervellón, fragmentariamente conservada, volverá a reconocerse como «hijo de Madrid y de su coronada Villa».

Pues bien, uno de los romances más risueños y llenos de encanto, admirable para ser cantado, es el que dedica al río Manzanares. Tirso va a insistir aquí en la línea tópica y típica, crítica e irónica, riéndose del orillado río «que es, en Madrid, el valle de Josafat: / Manzanares, aquel río / cuyas corrientes están / tan sin carne, que parece / esqueleto de cristal», que dirá Jacinto Polo de Medina. Y Quevedo calificará como «arroyo aprendiz de río», «con dos charcos por muletas», en aquel otro romance intitulado *Descubre Manzanares secretos de los que en él se bañan*. Pero, más tarde, en otro romance descriptivo, escrito en su prisión de San Marcos (León), hacia 1641, va a retomar las mejores imágenes tirsianas, dándoles la vuelta, o convirtiéndolas en negaciones, como he demostrado en un viejo trabajo⁶, y más adelante señalaré.

El romance tirsiano, pues, precede, en muchos años al de Quevedo, quien, además, dejó su poesía inédita, y tan sólo figuró en copias de amigos. Sí le precedió Góngora en escribir, que tampoco en publicar, sus dardos al Manzanares. En otro romance, salido de su pluma hacia 1619, dirá que ella es «corvillo / del polvo canicular» en que se convierte el madrileño fluir, a quien harán un día «Marqués de Poza en Estío...»⁷.

Y, a mi juicio, este romance que Tirso incluye en sus *Cigarrales* (Madrid, 1624) no sólo no tiene nada que envidiar a los gongorinos y quevedianos, sino que es superior en expresividad, gracejo y fluidez. Destacaré apenas algunos versos más sobresalientes. Mientras los romances de Góngora y de Quevedo están rimados en í-o, coincidiendo en el mismo sonsonete del asonante, el de Tirso lo hace en e-o. (¡Este «río» gongorino-quevediano se convierte en Tirso en «reo»!) Está estructurado en 30 estrofillas de cuatro versos, 10 que da un total de 120 versos asonantes. A través de ellos percibimos toda la ironía burlona del contemplador de esta corriente ¡tan corriente! Quien lo canta es *Paracuellos*, uno de los seudónimos, junto con *Gil Berrugo de Texares*, cuando de poemas humorísticos se trata: Así en *Deleytar aprovechando*. Yo estoy convencido de que el pretendido sobrino de los prólogos a sus Partes de Teatro, *Francisco Lucas de Ávila*, es asimismo un seudónimo más del fraile, que oculta allí su personalidad, cuando ya le habían descubierto como «El Maestro Tirso de Molina», y quiso publicar una selección de piezas teatrales, cuando tal cosa también estaba prohibida, después del conocido «Dictamen» de la *Junta de Reforma-ción* (1625), que pretendía que su Majestad Felipe IV le redujera al olvido.

Este romance, que se supone cantado, va dedicado a las niñas de Alcorcón, que se van reuniendo —según finge el poeta— para el baile bajo el olmo, en la tarde es-

⁶ Vázquez, L., «Cuando Quevedo bebe en Camoens y en Tirso de Molina», en *Estudios*, 136 (1982), 97-102.

⁷ Góngora, Don Luis de, *Delicias del Parnaso...* En Barcelona, por Pedro Lacavallería, año 1634, rol. 43v.

tival. Tirso comienza contando y cantando cómo se fue a dar un paseo por la puente segoviana, en agosto «de Rioseco».

«La que, haciéndose ojos toda
por ver su amante pigmeo,
se queja dél porque ingrato
le da con la arena en ellos».

La misma puente, femeninamente, se queja de su amante pigmeo. Esta visión o imagen visionaria de Tirso nos introduce de lleno en la *tonalidad* de su específico cantar. Notemos cómo usa un vocablo, «pigmeo» muy posiblemente introducido definitivamente por él, ya que aparece también en otros poemas de *Deleytar*, a pesar de que Corominas lo date en fecha tardía. ¡Es evidente que manejó poco a Tirso!

El Manzanares queda, pues, ya de entrada —visto desde arriba— como un enano pigmeo, tan pequeño como feo. ¡Cómo se queja, con razón, la puente, bella y grande, su gentil enamorada, al recibir en sus abiertos ojos, redondos como lunas azuladas, arena en vez de amplias miradas, aunque fuesen de lágrimas bañadas! ¡El Manzanares «es sólo un casco de espejo», y no permite que se mire en él, sino apenas como «dama pobre»!

Aunque cambie su mirada hacia la anchura, únicamente ve sus «grigüescos» o «gregüescos», esos calzones muy amplios, pero «de ojetes lleno el jubón». Su amante es como un pícaro desharrapado: «no trae más que una cinta en los grigüescos». Las imágenes conceptuales se van esfumando, evaporando, y transformando sucesivamente, como en un caleidoscopio poético, en visuales, sensorias y afectivas. La personificación del río Manzanares en figura de pícaro enamorado cesa un instante, para volver a la pétreo realidad. Era un día festivo cuando el poeta pasó por esa «puente de anillo» —cuyo nombre carece del caudal que debería corresponderle—, por el placer del paseo, «aunque pudiera a pie enjuto / vadear su mar bermejo», nos dice aludiendo al paso histórico de la liberación de los israelitas, al salir de la opresión de Egipto: ¡Tan poca cosa era el líquido elemento, color terrero apenas, estancado, encharcado, bajo la mirada absorta de la puente! Es entonces cuando la risa del poeta nos contagia, en su aliteración lograda:

«Reíme de ver su río,
y sobre los antepechos
de su puente titular
no sé si le dije aquesto:
“No os corráis, el Manzanares;
mas ¿cómo podréis correrros,
si llegáis tan despeado
y de gota andáis enfermo?”».

Siguiendo el curso del romance, Tirso juega, verbal y metafóricamente: con las sensaciones, con los conceptos, con los vocablos. Su sentido *lúdico* de la poesía es aquí claro e insistente. El hallazgo verbal logra que la invención de las expresiones poéticas mantenga en el lector esa sensación de fresca novedad, dentro del artificio conceptual buscado y rebuscado, en una dinámica permanente: ¡Fluye la poesía, ya que no el agua del Manzanares!

La genialidad de un poeta —como en este caso Tirso— reside y consiste en encontrar siempre, graciosa, originariamente, lo que pretende, la protopalabra que va traspasada de hilaridad. El río madrileño se nos presenta ahora *enfermo de gota*. La densa palabra tiene su doble, su valor bisémico, y a veces multisémico, pues gota es la partícula de agua, y, a la vez, el mal que produce paralización e hinchazones dolorosas. Por eso el agua, y, a la vez, el mal que produce paralización e hinchazones dolorosas. Por eso el Manzanares llega verdaderamente ¡y «se corre», vergonzantemente!

Ya sugerí antes que Quevedo recoge esta misma imagen tirsiana —los poetas suelen leerse y las mutuas influencias desencadenan nuevas formas propias, pero que desvelan su origen—, y se expresa así: «Al revés de los gotosos, / ya no se mueve estantío; / pues de no gota es el mal / de que le vemos tullido». Niega Quevedo lo que afirma Tirso, pero de él depende. (Lo mismo había hecho ya en su loa *Efectos del amor y los celos*, escrita para la comedia de Tirso *Amor y celos hacen discretos*, representada por Pedro Valdés en Sevilla, en 1615, homenaje a Tirso, con toda probabilidad.) ¡No olvidemos que ambos son contemporáneos: se llevan solamente un año. También aquí la originalidad de Quevedo consiste en «desmentir» lo que afirma Tirso, lo cual es una manera de mostrarse original a partir de los hallazgos de los demás. Así lo reconoce, de alguna manera, Blecua cuando afirma: «Es bien sabido que don Francisco de Quevedo acudirá con mucha frecuencia a los calcos de frases hechas, sacándolas de quicio»⁸. En un momento de su loa dice: «la comedia que os hacemos, / contra justicia, se nombra: *Amores y celos hacen / discretos*». Razón impropia. // Amor y celos no hacen, / que deshacen cuanto topan: / él, vidas con su deseo, / ellos, con venganza, Troyas». Quevedo sigue su lógica de amante; Tirso su idealización sapiencial, paradójica.

Está claro que Tirso influye, en ocasiones, en Quevedo. En estos casos, muy directamente.

Sigamos viendo cómo las imágenes tirsianas siguen proliferando: El Manzanares no sólo padece mal de gota, sino también *mal de orina*. Sus riñones están llenos de piedras areniscas, síntoma de su caducidad:

«Según arenas criáis,
y estáis ya caduco y viejo,
moriréis de mal de orina
como no os remedie el cielo».

La expresión popular «como el cielo no lo remedie» adquiere aquí una nueva pregnante significación: sólo el cielo puede hacer un milagro, sólo desde arriba — desde las nubes— puede venir el agua salvífica. Mientras, la triste realidad es que se presiente el final trágico:

«Y en fe de aquesta verdad,
azadones veraniegos,
abriendo en vos sepulturas,
pronostican vuestro entierro».

⁸ Francisco de Quevedo, *Poesía original*, edición, introducción y notas de José Manuel Blecua, Barcelona, Planeta, 1996, XXX.

Estos «azadones veraniegos», que están noche y día en su faena impertérrita de abrir sepulturas, vuelven a ser imagen que sorprende a Quevedo, quien —una vez más— copia literalmente a Tirso en su romance: «Con azadones y espueñas, / son gabachos y coritos/ sepultureros del agua / en telarañas de vidrio». Quevedo complica la imagen nítida tirsiana, muy lograda: Los mismos calores estivales son los azadones que preanuncian la muerte y entierro del río. Para Quevedo son las figuras de los bañistas, que se le figuran rústicos gabachos o montañeses, las que cumplen la misión de sepultar la poca agua en que se mueven. ¡Tirso tiene aquí la primicia de la imagen y su más lírica y nítida expresión!

Queda el agua del Manzanares *apostillada* por sus líneas de arena y *escolliada* por el Jarama generoso. El mismo rey Felipe, al verlo tan quebrado, le puso un *braguero de piedra*: esa es la función imaginaria de la puente de Segovia. Puede llamársele *venerable* por su calvicie, a la vez que por su hernia, signos ambos de decrepitud.

Una nueva relación conceptual hiera la imaginación creadora tirsiana y se traduce en imagen expresivamente poética: el río es como un mal estudiante que únicamente sigue su curso en invierno, evaporándose durante el estío. Por eso sus cuadernos —sus márgenes— están llenos de afrentas por haber perdido el tiempo en palabrerías vanas, ociosas e inútiles, en los corrales... Tirso —que no pasó por las aulas universitarias, ni de Alcalá ni de Salamanca—, conocía, sin embargo, muy bien la vida estudiantil: Sus profesores mercedarios, en Guadalajara y en Toledo, eran algunos catedráticos de ambas universidades, y él fue, en los colegios internos de la Merced, un excelente estudiante y un gran profesor: Lector, Presentado y Maestro, títulos que otorgaba la Orden a quienes leían clases y habían mantenido disputaciones académicas, escolásticas, ante los capitulares: «Como Alcalá y Salamanca, / tenéis (y no sois Colegio) / vacaciones en verano / y curso sólo en invierno. // Mas, como estudiante flojo, / por andaros en floeos, / del Sotillo mil corrales / afrentan vuestros cuadernos...»

Llegados a este punto de su discurrir poético y jocoso, Tirso pretende hablar en serio y, dejando las gracias del río, hará *sátira* política. Si el Manzanares anda rondando el Palacio, si sale al paso a los Reyes, si rindió servicios en la Casa de Campo, si riega flores y frutales, ¿cómo no logró todavía favores regios, a estas alturas de su carrera política? El poemilla se carga de intencionalidad crítica y adquiere el sentido de una *alegoría*. Hipócrita y macilento (palabra introducida por Tirso, aunque Corominas la fecha en 1640), anda dejándose ver de la Corte este deslucido Manzanares. No olvidemos que serían muy frecuentes los paseos de la Nobleza y familia Real, en sus carrozas, por las orillas del Manzanares. Así, en 1626, cuando el Cardenal legado Francesco Barberini llega a Madrid, por ejemplo, sale a dar un paseo por las márgenes del Manzanares. Su relator Pozzo recoge los dichos chistosos que sobre el río madrileño corrían de boca en boca: «O venda la puente, o compre río». Y aquel otro: «Este escaso río es la delicia de Madrid... Por lo general el agua no suele llegar a la rodilla, y este año por la sequía aún menos, por lo que, sin hacer una hoya, difícilmente pueden bañarse...»⁹ Sigue Tirso, en su personificación del río, viéndolo como corte-

⁹ Lo cita Simón Díaz en su publicación sobre la llegada a Madrid del legado italiano Barberini.

sano cobarde: «Un siglo y más ha que andáis, / hipócrita y macilento, / saliendo al paso a los Reyes, / que tienen gusto de veros. // Alegar podéis servicios; / díganlo los que habéis hecho / en esa Casa de Campo, / sus laberintos y enredos». Gracias, pues, al Manzanares —a pesar de todo, más lleno de bromas que de agua—, Madrid, con el Buen Retiro y La Casa de Campo, tenía lugares de expansión y regocijo, de frescor y de atracción para nobles y visitantes. Los «artificios» del Manzanares no tenían que envidiar a los del Tajo y su Juanelo. Los árboles frutales bordean sus orillas, ofreciendo también «flores pancayas». ¿Cómo no recibe el premio de los favores hechos a la Monarquía este Manzanares humilde y fiel servidor? «¿Qué es la causa, pues, mi río, / que tantos años sirviendo / no os den siquiera un estado / que os pague en agua alimento?» Este «mi río», con su carga afectiva evidente, revela al Tirso madrileño, amante de su villa natal, e incluso de su río, aunque Toledo haya sido con él más magnánimo. En este año en que escribe *Cigarrales* comenzaba el reinado de Felipe IV, aunque de hecho lo fuera Olivares, según Quevedo lúcidamente se expresa. Se consolida el régimen de los «validos» y del poder autoritario del joven rey, con el interés de los privilegiados. Los versos siguientes tienen mucha intención concentrada: «Pedidle al Cuarto mercedes, / que otros han servido menos / y gozan ya más estados / que cuatro pozos manchegos». La hegemonía española, por estas fechas, se dejaba sentir en Europa y en el Nuevo Mundo, aunque ya el *canto de cisne de la Monarquía absoluta* se empezaba a vislumbrar. Tirso denuncia excesos. Si no se es ambicioso, pero se anda murmurando, como hace el Manzanares, no hay coherencia. Por eso Tirso se atreve a decir:

«¡Ánimo, cobarde río,
quebrantad vuestro destierro,
y, pues rondáis a Palacio,
entraos una noche dentro!».

¿No ha sucedido, acaso, eso con las fuentes madrileñas, esas «que han ganado con sus cuerpos / (como damas cortesanas) / sitios en Madrid soberbios?» Ahora se colocan ante plazas y templos, «adornadas de oro y piedras». Pero no debían de presumir demasiado, pues no hace mucho que andaban «por las calles de Madrid / a la vergüenza, en jumentos».

El poeta interrumpe aquí su monólogo en presencia del Manzanares, pues siente la sed, hablando tanto de agua, y se contenta con beber de los pucheros de Bertol, que llega ofreciéndola fresca y grata al paladar. Si Berceo pedía por sus versos declamados un vaso de buen vino, Tirso sólo exige un sorbo de agua clara.

En suma: Con este romance burlesco al Manzanares, Tirso de Molina ha rendido tributo de simpatía, jovial y burlesco, a su río, y así contribuyó a la permanencia de los poemas tópicos madrileños. Su verso está rezumando gracejo y buen humor, ironía sutil y sátira política. La *cultura urbana* del barroco queda reflejada en este poemilla de Tirso. Pero aquí su verso —como en el teatro— se revistió de *socarrona ironía* aludiendo a la corte del joven rey Felipe IV y a su valido, por quienes sentía mínima simpatía. Naturaleza y arte, campo y ciudad, lírica y sátira, se entrecruzaron y formaron una unidad compacta. El Maestro Tirso de Molina se ríe del río Manzanares, y de los que cortejan la Corte, pues pretende desentrañar la realidad profunda, oculta bajo las apariencias, en sus «estancias de amenidad», como calificó Lope a sus fabulaciones de *Cigarrales de Toledo*.